

THALITHAQUMI LITURGIA

-----Plegaria Eucarística sobre la Reconciliación

En esta plegaria, son inseparables el prefacio y el resto. Por tanto, no puede decirse cuando viene prescrito un prefacio propio. Sí puede decirse cuando se prescribe un prefacio del tiempo (por ejemplo en Cuaresma, en Adviento...) Es especialmente recomendable en las misas en que se celebra el sacramento de la Penitencia como celebración comunitaria.

En verdad es justo y necesario darte gracias, Señor, Padre santo, porque no dejas de llamarnos a una vida plenamente feliz. Tú, Dios de bondad y misericordia, ofreces siempre tu perdón e invitas a los pecadores a recurrir confiadamente a tu clemencia.

El primer párrafo del prefacio sitúa la felicidad plena en la cúspide de la voluntad de Dios. Él nos llama a una vida plenamente feliz. En efecto, incluso la psicología reconoce que no es posible la felicidad cuando no hay reconciliación con el entorno y con uno mismo. Muchas veces, los rencores y los resentimientos merman la capacidad de felicidad del ser humano. Así, puede sentirse feliz quien ha perdonado las ofensas recibidas y quien, a su vez, se ha sentido perdonado por las ofensas causadas. En este sentido, el cristiano necesita sentirse perdonado por Dios. En su naturaleza humana está la imperfección y la defectibilidad. Y en ellas está la capacidad de equivocarse, de errar, de pecar y de apartarse de Dios. Eso haría al hombre permanentemente infeliz si no sintiera el perdón de su Creador. Pero el perdón aparece aquí como una oferta permanente por parte de Dios. Dios ofrece, pero es el hombre quien debe asirse a él, quien debe aceptar ese perdón. Además, el texto presenta el recurso a la clemencia divina como una invitación ligada al *siempre* que precede al término *perdón*. La palabra *clemencia* sugiere la compasión de Dios y su magnanimidad. Dios es quien tiene capacidad de usar clemencia, luego Dios es quien tiene el poder. Un poder que no ejerce desde la tiranía sino desde el perdón y la clemencia. Todo ello -sin perderlo de vista- en orden a la felicidad del ser humano. Tampoco debemos pasar por alto la formulación en primera persona del plural (llamarnos), referida a todo el género humano y el salto a la tercera persona (los pecadores) como quienes pueden recurrir confiadamente a la clemencia divina. En efecto, todo ser humano es pecador; pero Jesús asumió nuestra naturaleza humana sin asumir nuestro pecado. Por tanto, los pecadores -y no Él- son quienes necesitan de ese recurso a la clemencia. Ésta es un elemento de

sanación para el hombre, que le posibilita ser feliz en plenitud.

Muchas veces los hombres hemos quebrantado tu alianza; pero tú, en vez de abandonarnos, has sellado de nuevo con la familia humana, por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, un pacto tan sólido, que ya nada lo podrá romper.

El segundo párrafo del prefacio hace referencia a las dos alianzas. La primera ha sido quebrantada por el hombre a través del pecado. El ser humano ha profanado la antigua alianza con su infidelidad. No se menciona, pero quizás en el trasfondo esté la idea de la alianza de bodas, pues la expresión “en vez de abandonarnos” sugiere el repudio de la esposa por parte del esposo en el caso de adulterio. Y está claro que, en el caso de Dios y el hombre, éste ha quebrantado el matrimonio con su infidelidad. Pero Dios no lo ha abandonado. Ha sellado de nuevo un pacto sólido, tanto que nada lo podrá romper: ni siquiera el pecado, ni siquiera la infidelidad. Dios, así, no abandonará jamás a la que esta vez llama *familia humana*, porque el nuevo pacto es irrompible. Y si no se puede romper no es precisamente por la superación del hombre, sino por los méritos de quien ha sellado esa alianza nueva: Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. La acción de Jesucristo supone un nuevo pacto de fidelidad de Dios hacia el hombre para siempre.

Y ahora, mientras ofreces a tu pueblo un tiempo de gracia y reconciliación, lo alientas en Cristo para que vuelva a ti, obedeciendo más plenamente al Espíritu Santo, y se entregue al servicio de todos los hombres.

La tercera estrofa del prefacio completa la mención trinitaria. Desde la primera, el monólogo se dirige al Padre; en la segunda se invoca la acción salvífica del Hijo; en esta tercera se propone al Espíritu Santo como objeto merecedor de obediencia. Es imprescindible resaltar *mientras ofreces a tu pueblo un tiempo de gracia y reconciliación*, pues pueden ser explícitos en la Cuaresma y el Adviento o puede ser tomado como la oportunidad de toda la vida terrena para volver a Dios (recordamos que se dirige al Padre). Ese tiempo es *un aliento en Cristo* para volver a Dios obedeciendo, así, al Espíritu Santo. No sólo el ejemplo de Cristo es alentador, sino que el propio Cristo intercede ante el Padre por nosotros y eso nos da aliento para volver a Dios. El hecho de *volver* presupone un alejamiento previo. De ahí el tiempo de reconciliación que se nos ofrece. Pero esa obediencia más plena al Espíritu Santo pasa por la entrega al servicio de los hombres. Dios no es ajeno a los hermanos; más bien el servicio a Él se expresa en el servicio a los hermanos: *a todos los*

hombres. Al fin y al cabo, el discípulo debe aprender de su Maestro, que no vino a ser servido, sino a servir.

La introducción al Sanctus es como de costumbre, pero introduce la admiración y el agradecimiento como reacción por parte del hombre a la acción de Dios descrita a lo largo del prefacio. En este caso, además, la voz de la Iglesia de la tierra se une en el canto a la de la Iglesia del cielo con una doble finalidad: cantar la grandeza del amor de Dios y proclamar la alegría de nuestra salvación. El canto ya no es sólo para dar gloria a Dios, sino que se añade - que con él se proclama la alegría de la salvación de los hombres. Este elemento antropológico no suele aparecer como una finalidad del canto del Sanctus, por eso resulta novedoso.

La epiclesis se encuentra entre un párrafo de invocación y otro de anámnesis.

Quando nosotros
estábamos perdidos y
éramos incapaces de
volver a ti, nos amaste
hasta el extremo.
Tu Hijo, que es el único
justo, se entregó a sí
mismo en nuestras
manos para ser clavado
en la cruz.
Pero antes de que sus
brazos extendidos entre
el cielo y la tierra
trazasen el signo
indeleble de tu alianza,
quiso celebrar la Pascua
con sus discípulos.

Esta anámnesis que precede al relato de la cena y que no es la habitual de después del relato de la institución de la Eucaristía, arranca de la perdición del hombre con respecto a Dios y de su incapacidad para volver a Él (en relación con la *alianza quebrantada* del segundo párrafo del prefacio). En ese momento, Dios nos amó hasta el extremo y nos envió a su Hijo (en relación con el *en vez de abandonarnos*). Un Hijo que *se entregó a sí mismo en nuestras manos para ser clavado en la cruz*, hace referencia a la entrega voluntaria de Jesús, a la vez que a su oblación por el sacrificio. Antes, el redactor ha incluido la fórmula “que es el único justo” en referencia a Jesús. Jesús paga por los injustos. Su entrega voluntaria es fruto del amor de Dios y es el rescate pagado por los injustos. Sólo el que está libre de condena puede redimir. Jesús redime porque es el único justo. Para introducir el relato de la última cena, la plegaria aún evoca y presencializa el signo del Cristo crucificado, la mención a la alianza por su sangre y la referencia a la Pascua judía. En el Antiguo Testamento, la sangre de la alianza hacía referencia a la circuncisión. Esta sangre de la alianza es la del propio Jesús; la nueva alianza. Por eso el signo de esta alianza es indeleble, es decir, es eterno: no se puede borrar.

Esta alianza es definitiva, para siempre. Su autor es Jesús, ofrecido como sacrificio pascual y entregado voluntariamente por amor. Seguidamente, viene ya el relato de la institución a la manera acostumbrada, pero con una referencia explícita, antes de la consagración del vino, a que el sacrificio de Jesús es reconciliador.

Así, pues, al
hacer
memorial
de
Jesucristo,
nuestra
Pascua y
nuestra paz
definitiva, y
celebrar su
muerte y
resurrección
en la
esperanza

del día feliz de su retorno, te ofrecemos. Dios fiel y verdadero la Víctima que devuelve tu gracia a los hombres.

Más el relato de la última cena, la anámnesis propiamente dicha. En ella relaciona a la persona de Jesús con *nuestra Pascua y nuestra paz*; más bien las identifica con Él. Su muerte y resurrección son celebradas en espera de la parusía, *en la esperanza feliz del día de su retorno*. La Eucaristía celebrada (tiempo presente) rememora y actualiza la redención (obra en el tiempo pasado) y continuará celebrándose hasta el retorno del Señor (tiempo futuro). Ciertamente, la Eucaristía es plenitud de los acontecimientos de la historia de la salvación y apunta - anticipa- a los bienes reservados para la eternidad. La Eucaristía reúne en sí misma todo el tiempo, todos los kairós. Por eso es plenificadora. En la ofrenda de la Víctima, el redactor vuelve a referirse a la restitución de la gracia que el hombre había perdido. Idea repetida machaconamente a lo largo de toda la plegaria.

Mira con amor, Padre de bondad, a quienes llamas a unirse a ti, y concédeles que, participando del único sacrificio de Cristo,

La segunda invocación al Espíritu, o epiclesis, se hace en orden a la unidad. La unidad con el Padre, por una parte; la unidad entre los cristianos, por otra. En realidad no menciona a los cristianos ni a la Iglesia, pero habla de los que participan en el único sacrificio de Cristo. Nuevamente, en esta estrofa se hace

formen, por la fuerza del Espíritu Santo, un solo cuerpo en el que no haya ninguna división.

Ayúdanos a preparar la venida de tu reino hasta la hora en que nos presentemos ante ti, santos entre los santos del cielo, con María, la Virgen, y los apóstoles, y con nuestros hermanos difuntos que confiamos a tu misericordia.

Entonces en la creación nueva, liberada por fin de toda corrupción, te cantaremos la acción de gracias de Jesucristo, tu Ungido, que vive eternamente.

mención también a cada una de las personas de la Trinidad. Se dirige al Padre, en referencia al sacrificio del Hijo e invoca la fuerza del Espíritu para que los cristianos formen “un solo cuerpo en el que no haya ninguna división”. La referencia eclesiológica es implícita pero resulta clara y apunta a la teología paulina, concretamente al planteamiento del Cuerpo Místico, en el que Cristo es la cabeza. También se puede descubrir aquí la oración ecuménica. Los que participan del único sacrificio de Cristo deben formar un solo cuerpo, sin división, una sola Iglesia, un solo pueblo de Dios.

Los mementos de los pastores de la Iglesia y de los difuntos transcurren sin comentario digno de mención. Si acaso, apuntar que no tiene un apartado exclusivo para los difuntos, sino que los considera miembros de la Iglesia del cielo, al nombrarlos en unión con María, la Virgen, y los apóstoles. Una breve referencia los confía -dice- a la misericordia divina. Se mencionan los unos y los otros dentro de la petición de ayuda *para preparar la venida de tu reino*. Esta es nuestra tarea en esta vida terrena, para preparar nuestra presentación ante Dios como santos entre los santos del cielo.

En el último párrafo antes de la doxología final, llama la atención la ausencia de una nueva referencia a la rehabilitación de la gracia, a la reconciliación con el Padre, idea tan repetida en los párrafos anteriores. Menciona una nueva creación purificada, liberada -dice- de toda corrupción. Esa situación producirá en nosotros una reacción agradecida expresada en el canto de acción de gracias. Nuestra acción de gracias será unida a la acción del Ungido, Jesucristo, que vive eternamente.

Conclusión: Se trata de una plegaria eucarística de rico contenido teológico condensado en cada párrafo y en cada oración gramatical. La idea principal es la reconciliación obrada por el sacrificio de Jesucristo en la cruz. Su muerte y resurrección nos han obtenido la gracia que habíamos perdido. Este acontecimiento es una alianza nueva, definitiva e imborrable, sellada con la sangre del sacrificio de Cristo en la cruz. Es, pues,

una plegaria muy recomendable para usar en la liturgia o en la catequesis tanto del tiempo cuaresmal como del tiempo pascual y, como hemos apuntado al principio, para ser pronunciada en las celebraciones comunitarias del sacramento de la Penitencia cuando se celebra dentro de la misa.

[Volver a índice](#)

THALITHAQUMI
Zaragoza, 2003